



Artículos

La Librería Jesuítica

Historia del Expolio
de un Emblemático
Patrimonio Cultural
de Córdoba

Carlos Page

Carlos Page es profesor de la Facultad
de Arquitectura y Urbanismo de la
Universidad Nacional de Córdoba

Los libros de los jesuitas

Durante los primeros años de la fundación de Córdoba casi podemos asegurar con certeza que no había libros en la incipiente ciudad y que si los había eran muy pocos*. Sólo con la llegada de los jesuitas y seguramente, al abrir sus maletas, debieron desempolvar algunos libros traídos de sus lejanos hogares. Efectivamente ya lo había señalado el obispo de Asunción a comienzos del siglo XVII cuando le escribía al rey manifestándole que “en aquellas tierras no había libros en latín y menos en Arte y Teología; y sin libros no se puede estudiar”. También y por la época el padre jesuita Juan de Viana (1565-1623) expresaba que además de ser difícil conseguir libros, estos eran tan caros que “costaban un ojo de la cara”¹.

El primer documento que se conoce sobre la introducción de libros en Córdoba lo dio a conocer Luis Martínez Villada a principio del siglo XX, al prologar una frustrada edición del *Index Librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis*². Fue cuando se dio la noticia que “el 21 de

* El padre Furlong menciona que, a fines del siglo XVI, el vicario general de la catedral de Córdoba Diego Suárez Babiano, fallecido en 1598, poseía una reducida pero valiosa biblioteca. A él se le sumaban el canónigo Abislobo y el jurista Jerónimo de Bustamante, para incluir en los albores del siglo XVII al obispo Trejo, León del Pecho, García de Vera Mujica, Francisco López Correa y Hernán López, entre otros. (Guillermo Furlong, SJ, *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*, Colección Cultura Colonial Argentina, Tomo I, Ed. Huarpes, Buenos Aires, 1944, pp. 24, 25 y 32).

¹ Guillermo Furlong, SJ, *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Buenos Aires, 1994, p. 151.

² Luis G. Martínez Villada, “Notas sobre la cultura cordobesa en la época colonial”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año VI, Córdoba, 1919, p. 172. En este artículo es donde se aclara al comienzo que es un prólogo, pero no tenemos noticias de que efectivamente se halla editado el por entonces famoso *Index*, hallado en las primeras décadas del siglo XX por Mons.

julio de 1628 fueron examinadas por la aduana veinte carretas traídas por el padre provincial de la Compañía Nicolás Durán * y en ellas, se encontraron doce cajones de libros”. Ferrari Rueda aporta mayores detalles al asegurar que la colección constaba de 250 ejemplares pertenecientes a quien fue primer obispo de Buenos Aires: el fraile carmelita Pedro de Carranza. Este la había donado en 1625 a su hermano de religión fray Hernando de López³.

Pero como bien presume Juan B. Echenique⁴, obviamente no fueron éstos los primeros, ya que la creación del Noviciado y el Colegio Máximo, alrededor de veinte años atrás, seguramente había demandado la utilización de variadas ediciones.

La colocación de libros en Córdoba se fue tornando una tarea constante que mantuvo desde sus inicios un comercio reducido pero significativo entre sus habitantes. En el caso de la Compañía de Jesús la introducción de libros desde Europa estuvo principalmente a cargo de los padres procuradores a Europa, es decir aquellos jesuitas especialmente elegidos que regularmente viajaban al Viejo Mundo con el fin de llevar personalmente noticias e informes, tanto al Generalato en Roma como a la Procuraduría de Indias Occidentales de la Compañía de Jesús en España, reclutar novicios y sacerdotes, como satisfacer todas las necesidades requeridas por los padres de la provincia a través de sus gestiones. Entre los 27 viajes que hubo en la primera época de los jesuitas (1608-1755), señalemos por ejemplo, el que en 1635 realiza a Europa el procurador Juan Bautista Ferrufino, quien de regreso dos años después y junto a 6 padres teólogos, 14 hermanos estudiantes y 2 hermanos coadjutores, trajo una serie de elementos como hierros, maderas, herramientas, vajilla, frutas secas y también algunas maletas con libros para la venta y para dotar a los colegios de Buenos Aires,

Pablo Cabrera en la Catedral de Córdoba. Sí sabemos que una transcripción paleográfica del Catálogo de la Biblioteca que data del año 1757, que alberga la Universidad Nacional de Córdoba, fue realizado por Esteban Llamosas, Marcela Aspell, Luisa Osola y Jaqueline Vassallo. Cabe destacar que la organización final del material estuvo a cargo del primero de los citados. El dato de 1628 también lo trae Juan B. Echenique, “Córdoba y las librerías de los jesuitas”, en *Catálogo de la librería jesuítica*, Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba, Tomo I, 1943, p. XV. Tanto Martínez Villada como Echenique no consignan la fuente donde obtuvieron ese dato, aunque Furlong lo trae del Archivo de la Nación (Guillermo Furlong, S.J., *Bibliotecas Argentinas durante la dominación hispánica*, Cultura Colonial Argentina. Editorial Huarpes, Buenos Aires, 1944, p. 28).

* El provincial Nicolás Mastrilli Durán nació en Nola, Nápoles, donde ingresó a la Compañía de Jesús. En 1595 llegó a América quedándose un tiempo en Perú, donde nueve años después hizo sus últimos votos. En 1618 fue nombrado Procurador a Europa por la Provincia Jesuítica del Perú. Luego de su regreso se trasladó a la provincia del Paraguay y en 1623 fue designado Provincial, cargo que ocupó hasta 1629, cuando al año siguiente regresó al Perú en calidad de Provincial, función que ocupó por dos periodos (1630-1634 y 1639-1644). Falleció el 14 de febrero de 1653 en Lima (Hugo Storni, SJ, *Catálogo de los Jesuitas de la Provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*, Roma, Institutum Historicum S.I., 1980, p. 179).

³ Rodolfo de Ferrari Rueda, *Historia de Córdoba*, Tomo II, Biffignandi ediciones, Córdoba, 1968, pp. 66 y 67.

⁴ Juan B. Echenique, p. XV.

Santa Fe y Córdoba. Lo hacía porque ya desde entonces se tenía bien claro que los libros eran una manera importantísima de promover los estudios⁵. Precisamente para el Colegio Máximo, el padre Tomás de Ureña le entregó a Ferrufino en Buenos Aires, por cuenta del procurador de Salamanca el hermano Lapa, una partida de libros que éste destinaba para Córdoba. Entre los libros que se identificaron para la venta se encontraban varias obras clásicas como los textos de Suárez, Nieremberg, Bonancina, Baeza, Guerrero y Rivadeneira, entre otros.

Algunos años después, en 1698, también recogimos otro testimonio por el que los padres recibieron una importante reimesa de libros “*que el rey había concedido el 30 de junio de 1696, al P. Ojeda, provincial de la orden, que trajiere [sic] diversos efectos para la casa de Córdoba y entre ellos figuraban doce cajones de libros, los que llegaron a Buenos Aires y fueron examinados el 4 de Abril de 1698, siguiendo después, hasta esta ciudad*”⁶. Como el autor no cita la fuente, aquel envío, si nos guiamos por la fecha de ingreso, debe haber llegado en la expedición del año anterior que condujo el procurador Ignacio de Frías. Pero si nos guiamos por el padre provincial, Simón de Ojeda (1589-1673), la fecha no coincide, ya que éste lo fue entre 1658-1663, aunque también fue procurador a Europa entre 1651-1658 y pudo traerlos por entonces⁷. Pero además de Ojeda, Furlong registra otros ingresos, como el del padre Cristóbal Altamirano quien llevaba a Córdoba en 1672 seis cajones y otros bultos conteniendo libros, y en 1684 el padre Diego Francisco Altamirano importa al país catorce cajones de libros⁸.

El 12 de abril de 1699 el padre general Tirso González le escribió al provincial Simón de León, agradeciéndole el envío del manuscrito del muy solicitado libro “*Lo temporal y lo eterno*” del padre Juan Eusebio Nieremberg, que había sido traducido por el padre José Serrano (1634-1713) en lengua guaraní y los medios económicos para que se publique en Europa*. Escribe además su preocupación por el laxo rendimien-

⁵ Guillermo Furlong, S.J., *Arte en el Río de la Plata*, Tea, Buenos Aires, 1993, pág. 43; y *Bibliotecas argentinas...*, p. 30.

⁶ Luis G. Martínez Villada, p.177.

⁷ Hugo Storni, S.J., *Catálogo de los Jesuitas de la Provincia del Paraguay (cuena del Plata) 1585-1768*, Roma Institutum Historicum S.I., 1980, p. 202.

⁸ Guillermo Furlong, S.J., *Bibliotecas*, p. 31.

* Aún faltaban algunos años para que los jesuitas instalaran una imprenta en los pueblos misioneros y muchos más en la Universidad. La inquietud tuvo sus remotos antecedentes en 1630 cuando el padre Juan B. Ferrufino la solicitó infructuosamente al rey de España, quien negó la licencia. Se necesitaba fundamentalmente para imprimir varias obras en lengua guaraní, manuscritos que se perdieron por esta adversidad, junto a trabajos valiosos como la *Historia del Paraguay* del padre Juan Pastor (1580-1658). No obstante una imprenta arribó a la misión de Loreto, que dio a luz el primer libro en 1700. Pero quizás al carecer de licencia, cuando llegó Ladislao Orosz a Buenos Aires en 1729, ya no funcionaba. De allí que el jesuita húngaro insistiera con gran tenacidad sobre este tema de la imprenta. Al ser enviados a Europa como procuradores los padres Pedro de Arroyo y Carlos Gervasoni, se les encomendó que gestionaran la adquisición de la misma. Pero el primero falleció en Madrid y el segundo fue desterrado, por su enérgica actitud en defensa de los indios, dejando pendientes los trámites de la licencia para la imprenta. Igualmente a mediados de 1758 adquirió una en Italia, a la espera del dichoso permiso y la embarcó rumbo al Río de la Plata,

to de los estudios del Colegio Máximo, atribuyéndolo a la falta de libros, por lo que aprueba lo aconsejado por el Provincial de que sean los procuradores a Europa los encargados de traer libros a sus regresos y para que incluso los vendan a sus estudiantes *“sin pérdida ni ganancia alguna”*.

En idéntica fuente encontramos la posterior referencia que al enterarse el padre general en Roma, por entonces Miguel A. Tamburini, del trato indebido que se hacía a los reclusos, aconsejaba a los superiores que mandaran un sacerdote para que los visitaran con cierta frecuencia para su consuelo *“y para que se evite el ocio origen de todos los males, y logre el recluso con utilidad el tiempo de su retiro, se le dexaran en la carcel algunos libros espirituales (pero no recado de escribir) y de noche se le dará luz, quando se encienden las lamparas de la Casa para que pueda leerlos”*⁹.

El mismo general daba cuenta en 1716 al padre provincial Luis de la Roca, insinuando que se le había sugerido que por la falta de libros, los padres superiores debían destinar una suma de dinero para entregarle a los procuradores que viajaban a Euro-

con un impresor de oficio, bávaro de origen y por cierto jesuita, llamado Pablo Karrer. Pero la guerra con Inglaterra hizo demorar al navío, que recién arribó en 1764. Del puerto pasó inmediatamente al Colegio de Monserrat, donde el padre Ladislao Orosz, a la vez que solicitaba papel con urgencia a España y a cuanto lugar lo tuviere, continuó las gestiones de la licencia, pero esta vez con el virrey Amat y Junient, quien al año siguiente aprobó su utilización. De esta manera en 1766 apareció el primer libro, las famosas *Laudationes* de Peramás, que escribió en honor a Duarte Quiros (Carlos A. Page, *La manzana jesuítica de la ciudad de Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba y Municipalidad de Córdoba, 1999, p. 66).

⁹ *“Doy a Vuestra Reverencia las gracias por el cuidado, en que quedaba de embiar con los Procuradores el Manuscrito del libro de la difunta entre lo temporal y eterno, que traduxo el P. Joseph Serra en lengua Guarani, y los medios para que en Europa se imprima, sabiendo como saben los Indios leer, les sera de mucho util su lectura. El mismo P. Serrano dice, que le vaya muy adelante la traduccion del H^os Sanctocum del P. Ribadeneyra, y porque es Libro, que sera tambien su mucha utilidad para los Indios, deseo, que caundo tenga Concluida la traduccion se revea ay, y se embien para que se imprima.*

Al ver quan sumamente caidos a hallado Vuestra Reverencia en casi todos los Colegios los estudios de Gramática. en unos sin ningun oriente en otros con uno, o dos, y solo en Cordova, Assumcion y Buenos Aires llegan a tener algun numero aunque bien moderado de discipulos. Al ver digo este estado y mala forma de estudios, llevo a dudar, si tiene fundamento lo que se me escribe a la causa no es el cuando no haya estudiantes, que sigan este estudio sino el poco cuidado y aplicación de los nuestros, porque en las partes, en que estas se aplican, no faltan orientes; pero los Padres nuevos en acuerdo leído un año de ordinario. Se Cansan y se divierten a otras ocupaciones, que les parecen de mas lustre, con que si van un rato a la classe es muy por cumplido otra causa discurren tambien de esta falta de orientes, que es la falta grande de libro; que hai en esa parte. Si son estas las Causas de estar tan Caidos los estudios, debo encargar alzelo de Superiores que apliquen su Cuidado a Restaurar un ministerio tan proprio de nuestra profesion el instituto poniendo buenos Maestros, y Castigando muy bien a los que no Cumplieren Con la debida puntualidad, y teniendolos en esa lectura por tiempo Competente. Y lo que toca a la falta de libros no me parece malo el medio que se propone de que los Procures. cuando vienen, llevan los libros necesarios, que despues se diesen a los estudiantes en aquel precio, y Corte, que tienen puestos alla sin perdida, ni ganancia alguna.” (Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI), Cartas de los Padres Generales, Tirso González, 12 de abril de 1699).

¹⁰ ARSI, Cartas de los Padres Generales, Miguel Angel Tamburini, Roma, 1º de agosto de 1711.

pa, a fin de que ellos satisfagan los pedidos necesarios. Agrega también, que el padre Bartolomé Jiménez (1657-1717), por entonces procurador en Europa, le había encargado libros de pintura y arquitectura, junto a otros que pudieran necesitar los padres misioneros¹¹.

Iniciamos el siglo XVIII y con él se produce un florecimiento significativo en la circulación de libros en Córdoba, que igualmente ya era importante, como lo señala el mismo obispo fray Manuel de Mercadillo al remarcar, en su carta dirigida al rey del 10 de diciembre de 1699, “era excesivo el caudal de libros que circulaba por estas regiones y que era menester impedir la libre circulación de tantos libros de viajes, tantos relatos fabulosos, tantas obras mundanas y tantas publicaciones extranjeras como eran las que corrían de mano en mano, no sin detrimento de las buenas costumbres”¹². Pero sucedió todo lo contrario, en 1722 el gobierno español suprimió los impuestos que cargaban sobre la exportación de libros a América, lo cual favoreció notablemente la introducción de libros en el puerto de Buenos Aires. Pero por allí también los ingleses eludían los controles e introducían clandestinamente obras en inglés y francés. También lo hizo un tal Francisco Lobato en 1739 que traía un cargamento de libros de Brasil que llevó a Santa Fe y Córdoba¹³.

Los jesuitas siguieron importando grandes cantidades de libros para todos sus pueblos y colegios a lo largo del siglo XVIII y a través de sus procuradores. El padre Francisco Burgués trajo en 1711 la suma de 14 cajones y fardos de libros. Seis años después el mencionado padre Bartolomé Jiménez envió 9 cajones, en 1731 el padre Antonio Machoni trajo 22 cajones y en 1748 el padre Juan José Rico cargó con 10 cajones exclusivamente con libros de los cuales un lote que sumaba 1.232 pesos y seis reales era para las monjas Catalinas y otro para el doctor Antonio de Zebberos. Para 1751 los padres Pedro Arroyo y Carlos Gervasoni viajarían a Europa con numerosos encargos de libros para autoridades civiles y eclesiásticas, particulares y, entre otros, los padres Machoni, Miranda y el mismo Guevara que encargó entonces la historia de Charlevoix que le costó nueve pesos. Algunos años después regresaron con la carga más grande de libros registrada hasta entonces¹⁴.

También los hijos de Ignacio recibieron importantes donaciones de libros*. El mismo Duarte Quirós al legar sus bienes a los jesuitas para que con ellos se fundara el Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, dejó una serie de libros, cuyo catálogo

¹¹ Guillermo Furlong S.J., *Bibliotecas...* p.31.

¹² Guillermo Furlong S.J., *Bibliotecas...* p. 39. Rodolfo de Ferrari Rueda, p. 75.

¹³ Guillermo Furlong S.J., *Bibliotecas...* p. 73.

¹⁴ Guillermo Furlong S.J., *Bibliotecas...* p. 45.

* Furlong, siguiendo a Lozano, señala por ejemplo que para la década de 1720 la biblioteca del Colegio de Santa Fe había recibido, por voluntad testamentaria de Francisco Piedrabuena, la importante suma de mil pesos para la adquisición de libros. Los mismos se compraron y remarca que, para la expulsión, los 4.000 volúmenes de aquella biblioteca se habían tasado en tan solo 1.231 pesos (Guillermo Furlong S.J., *Historia del Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe*, Tomo 1º (1610-1861), edición de la Sociedad de Exalumnos, filial Buenos Aires, 1962, p. 517).

y las Reglas de la institución fueron presentadas personalmente a la corte de España por el padre Batolomé Jiménez¹⁵.

Pero a su vez se recibieron otros legados. Basta mencionar algunos de ellos, como el del presbítero Pedro de Tejada, quien en su testamento fechado en 1707, además de dejar sus libros para el Colegio Máximo, expresa que tiene facultad para hacer los votos de la Compañía y que es su deseo que lo entierren en la bóveda del Colegio¹⁶. En ese mismo año el presbítero don Gabriel de Castro desea que a su muerte fuera enterrado en la iglesia de la Compañía, mandando que *“sus libros de rezo se apliquen para los misioneros de los indios Chiquitos que están reduciéndose, al cargo de los padres de la Compañía de Jesús, en muestra de afecto y voluntad que tiene a dichos misioneros”*¹⁷. Y así como residentes de Córdoba donaban sus bienes a jesuitas de otros lugares, personas como el padre Francisco Javier Guevara, natural de San Juan de la Frontera, antes de profesar en 1762 dejó sus bienes a su madre, excepto 1.000 pesos de los que la mitad destinó a la compra de libros para el Colegio Máximo de Córdoba y el resto para adornos de la capilla del Convictorio¹⁸.

El edificio del Colegio se estaba concluyendo en la tercera década del siglo XVIII, luego de una extensa etapa de reconstrucción, cuando las cartas anuas consignan que se había destinado una habitación para alojar los por entonces 700 volúmenes que había traído el padre Machoni gracias a la generosidad de varias personas.

De esta manera se fue incrementando paulatinamente la biblioteca universitaria, hasta que en el año 1757 los jesuitas realizaron un detallado catálogo de sus libros, el *Index Librorum Bibliotheca Collegii Maximi Cordubensis Societates Iesus*, donde figuran, entre sus 3.043 títulos insertos en sus 290 folios, obras de todo género, como tratados de agricultura, medicina, botánica, legislación, matemáticas, historia y geografía, que se confunden con los libros de filosofía, moral y liturgia.

En el catálogo, dividido en tres partes (ubicación, autor y materia), también se señala un “Reglamento para Bibliotecarios”, quienes debían tener un índice de libros prohibidos, justamente para no tenerlos, un catálogo ordenado alfabéticamente por autor y otro por materia. También se debían registrar los libros prestados, que se entregaban únicamente con autorización del superior y cuando pasaban los 8 días de préstamo reglamentado, el nombre del que se había llevado el libro se estampaba en un pizarrón, convenientemente ubicado, y no era borrado hasta que devolvía el libro. Otras recomendaciones también resguardaban el orden higiénico y la conservación de los libros¹⁹.

Desconocemos quién realizó este reglamento-catálogo que, a pesar de ser considerado por Furlong como la “más antigua legislación librera”, por ser el documento más

¹⁵ Guillermo Furlong S.J., *Bibliotecas...* p. 40.

¹⁶ ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA (AHC), Escribanía 1º, legajo 100, Año 1707.

¹⁷ AHC, Escribanía, legajo 100, Año 1707.

¹⁸ Guillermo Furlong S.J., *Bibliotecas...* p. 46.

¹⁹ Juan B. Echenique, p. XVIII.

remoto que en la materia se conoce, éste no fue el primero. Efectivamente el 9 de febrero de 1745 el padre provincial Bernardo Nusdorffer emitió un memorial en que recomienda que los catálogos de las bibliotecas de los pueblos misioneros se vuelvan a hacer debido a la incorporación de nuevos libros. Para ello expresa que los catálogos deberán confeccionarse como los había hecho el padre Francisco Ricardo “y con las mismas advertencias que él puso al principio”²⁰.

La importancia que le daban los jesuitas a sus libros igualmente se evidencia en los ámbitos escogidos, limpios y carentes de humedad y los mismos estantes donde se debían colocar. Así por ejemplo y por una carta que le envió, desde el pueblo de la Candelaria (Misiones), el 27 de marzo de 1733 el hermano Francisco Leoni al hermano Pedro Ibarlucea, sabemos que los estantes para la biblioteca de Córdoba, junto a una mesa y sillas, los estaba confeccionando el destacado arquitecto escultor bávaro José Schmid (1717-1744). Fue ayudado por entre 30 y 36 carpinteros guaraníes que trabajaban en los talleres del pueblo de Santa Bárbara, que por entonces estaban realizando el retablo de la iglesia de San Ignacio. Los estantes -señala Leoni- estaban adornados con molduras, florones, cabezas de ángeles y columnas con capiteles, remarcando que el conjunto era tan bonito que: “parece un retablo”²¹.

La Librería Jesuítica –como supone Roberto van Sreenbergue de Dourmont- debe haber tenido un taller de encuadernación. La afirmación se infiere en la uniformidad de la vestidura de siete obras que forman un conjunto de 24 volúmenes, en folio, impresos entre 1622 y 1698 en Colonia, Lión, Amberes y Coimba. De allí que por el extenso periodo y las diversas procedencias deduce la existencia de “un taller de reenacuadernación centralizada”*. Pero el autor va más lejos al afirmar que pudo haber estado a cargo de aquel oficio, el hermano coadjutor José Klausner** quien actuó en

²⁰ Guillermo Furlong S.J., *Bibliotecas...* p. 57.

²¹ Carlos Leonhardt, “Un escultor arquitecto colonial”, *Estudios*, Tomo XXII, p. 91-96. Para su biografía también consultar Guillermo Furlong S.J., *Artisanos argentinos durante la dominación hispánica*, Huarpes, Buenos Aires, 1946, pp. 158-170.

* Escribe Dourmont: “Las tapas en plena badana marrón son decoradas en frío, con ruedecillas, de un amplio cuadro de arabescos y de otro de florcitas, rodeando cada uno con filetes triples. En el lomo de los *Acta Santorum* los cinco o seis entrenervios que lo dividen son separados por un doble filete dorado y adornados en su centro por una flor de cardón bifoliada, también dorada, salvo el segundo entrenervio superior que ostenta el título separado. Varios volúmenes conservan vestigios de tiras o cordoncitos de cuero. A menudo los cortes están pintados de rojo. La factura puede fecharse de la primera mitad del siglo XVIII. El dorado sorprende aquí por la época, pero su sencillez –filetes y flores de cardón-, su aplicación sobria sólo en el lomo, contrastan con la lujosa que enriquece las tapas y especialmente los lomos de encuadernaciones europeas. Estos trabajos sobre cueros evidencian un afán, un anhelo y un adelanto artísticos que, *mutatis mutandis*, hacen honor a la maestría del Hermano José Klausner y quien lógica y razonablemente se pueden atribuirselos.” (Roberto Van Steenberghe de Dourmont, *Ensayo...*, pp.24 a 26.)

** El hermano coadjutor temporal José Klausner nació en Kammlach, Baviera, en 1685. A los 32 años ingresó a la Compañía de Jesús, llegando al puerto de Buenos Aires, procedente de Cádiz, con la expedición que en 1717 organizó el padre procurador Bartolomé Jiménez, donde entre otras figuras arribaron al Río de la Plata el padre Manuel Querini, que fue designado provincial en 1750,

Córdoba en diversos quehaceres artesanales como el de fundidor de campanas, hojalatero, peltretero y entre otros oficios, como encuadernador. Además de estas obras abundan en la Librería una gran cantidad de tomos encuadernados en pergamino, material más corriente y barato que la badana y el cuero de becerro²².

Así como eran apreciadas y famosas las bibliotecas de los pueblos de indios en las misiones*, casi todas las estancias de Córdoba también tenían bibliotecas bien nutridas. Pero estos repositorios eran aparentemente de uso más reducido y de mayor celo su cuidado. Tal es el caso de Santa Catalina en que el padre provincial en 1729 expresamente ordenaba que no se prestaran libros ya que se lo hacía en otras bibliotecas. Precisamente en ésta y para la época de la expulsión**, se encontraban, entre algunas

al igual que Bernardo Nussdorffer que lo fue a partir de 1747, siendo compatriota de Klausner, como varios otros compañeros de viaje, entre ellos el médico austríaco Segismundo Asperger y los hermanos coadjutores arquitectos italianos Giovanni Andrea Bianchi y Juan Bautista Primoli, como los mismos profesionales alemanes, también de Baviera, Juan Wolff y José Schmidt. En aquella "expedición", como se decía al conjunto de verdaderos aventureros que se hacían a la mar rumbo al Nuevo Mundo, también se desembarcó con destino a las actividades de los jesuitas un cajón de instrumentos de hierro para trabajar metales, hacer relojes y componer piezas de fierro para puertas y trabazones. Evidentemente muchas de estas herramientas pertenecerían al hermano Klausner.

Se conservan de Klausner algunas cartas, como por ejemplo la que dirige a Munich a su maestro en el oficio de peltretero, es decir aquel que trabaja con una aleación de cinc, estaño y plomo, manifestándole innumerables referencias a su permanencia y trabajos en estas tierras, donde tenía un gran número de indios y esclavos que instruía personalmente.

Desempeñó la función de estanciero en Alta Gracia actuando como excelente administrador entre los años 1723 y 1731.

A los diez años de su llegada a los territorios de América profesa sus últimos votos. Sabemos también que en 1732, antes que abandonara su administración en Alta Gracia, se lo pensó nombrar ayudante del procurador y dos años después los consultores recomendaron que podría ir como estanciero a la estancia de San Miguel de Carcarañá en Santa Fe. Pero en 1736 definitivamente se lo ocupó en su labor específica, ante la necesidad de fabricar elementos de uso diario como vajillas. Efectivamente para 1740 se menciona en un catálogo, como de reciente fundación, una "fábrica de utensilios de estaño, existente en Córdoba y que dependía del Colegio Convictorio", siendo probablemente la fábrica de Klausner, pues figura como residente allí en sucesivos catálogos que culminan con el de su fallecimiento, acaecido precisamente en el Colegio de Monserrat en 1746 y a los 61 años de edad. (Carlos A. Page, *La estancia jesuítica de Alta Gracia*, inédito).

²² Roberto Van Steenberghe de Dourmont, *Ensayo sobre la encuadernación en Córdoba*, Junta Provincial de Historia de Córdoba, 1973, p. 23, 24 y 35.

* Para la época de la expulsión el pueblo del Santo Ángel tenía en su biblioteca 324 obras, además de 202 que había en un cuarto; la Cruz tenía 270, San Luis 310, Santa María la Mayor 445, Santos Mártires 382, Corpus 460, Trinidad 714, San Borja 715, San Pedro 834, San Javier 909, etc. (Guillermo Furlong S.J., *Arte...*, p. 49.)

** El encargado de la realización de dicho inventario fue el doctor Antonio Aldao, abogado de la Real Audiencia de Charcas, quien fue asistido por el escribano Ignacio Alvarez y el presbítero José Ordóñez. Llegaron a Santa Catalina el día 12 de julio de 1767, donde encontraron a 6 individuos entre sacerdotes, coadjutores y estudiantes. Luego de inventariar la iglesia, la casa, huerta y herramientas, comenzaron por los libros el día 20, finalizando cuatro días después. Guardaron todos los libros en siete cajones y siguieron el inventario por los géneros, armas, telares, etc.

pocas cartillas y breviarios, obras de medicina, religión, agricultura, diccionarios, arte, arquitectura, geografía, además de diccionarios de lenguas guaraní, quichua y libros de historia universal, destacándose para nuestras predicciones los de Charlevoix, del Techo y Lozano, como a su vez los 23 tomos de las famosas *Cartas Edificantes*. Pero allí también estaban Nieremberg, Solórzano, Rodríguez, Davis, Castro Palao, Lacroix, Tito Livio, Borbet, Murillo, Torquemada, Ribanedeira, etc. En total sumaban 215 títulos en aproximadamente 444 tomos²³.

Aunque sin tanto volumen de libros, pero de no menor calidad, en la botica del Colegio se reunían los libros especializados en la materia, que igualmente y en algunos casos se encontraban en la biblioteca, como la *Pharmacopea médico-chymica* (Genova, 1687) de Schrödera Hoffmannana, o *Medicina Ilustrada* (1725) del famoso médico Francisco Suárez de Rivera. De Lazari Riveri se ubicaba también *Conciliari Medici a professariis regis* (Lugoni, 1679), sumando poco más de una decena de obras que la Junta de Temporalidades entregó a los padres Betlemitas el 14 de noviembre de 1771*.

Luego de la expulsión y aunque sea un tanto curioso, los jesuitas continuaron introduciendo libros en Córdoba. Así lo expresa el exiliado padre Gaspar Juárez SJ. Cuando en la carta que le envía el 31 de enero de 1803 a don Ambrosio Funes le escribe que en marzo o abril le enviaría un cajón con unos cuadros que le había solicitado y unos libros “que pueden servir para aquellas partes”. Previamente confecciona un catálogo, pero aclara que “La mayor dificultad es que puedan pasar por España por las graves prohibiciones, que aun nuevamente se han publicado allí contra la introducción de Libros impresos en paises extranjeros; pero yo tentare todos los modos posibles...”²⁴.

²³ AHC, Legajo 40, Exp. 9, Año 1771.

* Fabro se oponía a entregar la botica a los Betlemitas hasta tanto no se decidiera la venta de los esclavos de los jesuitas, ya que ellos eran los que más la necesitaban. Demostraba a su vez que la botica constituía un buen negocio, porque según las cuentas del boticario, a fines de 1768 las rancherías consumieron medicamentos por un valor de 1.651 pesos y al año siguiente por 1.961. En tanto que producía de ventas al público 80 pesos mensuales que le servían para pagar el salario del médico y el boticario quedando un saldo a favor. Pero su argumento más firme era que por bula de Benedicto XIV se les prohibía a los hospitalarios tener botica para vender al público, por lo que de tenerla los Betlemitas, la ciudad y sus vecinos se privarían de ella. La misma fue inventariada, conformando un cuerpo documental debidamente certificado, que en 1773 acompañó el informe elevado a la Junta por Manuel de Basavilvaso, donde se exponía el estado en que se encontraban los negocios que estaban a su cargo. Los betlemitas también recibieron el edificio del antiguo Noviciado. Primeramente lo hicieron en calidad de préstamo hasta que la Cédula Real firmada en Aranjuez el 3 de mayo de 1783, aprobó la aplicación de dicho edificio. (Carlos A. Page, *La manzana jesuítica...*, p. 44.) Cada uno de los libros en cuestión fueron relevados por el padre Carlos Leonhard SJ, a principios del siglo XX. Constituían por entonces 11 obras que había localizado en el “Archivo del Hospital San Roque”. En la actualidad tenemos vagas noticias que los mismos se encuentran en una biblioteca privada. Debemos agregar que monseñor Diego Salguero el 18 de octubre de 1764 había donado parte de su biblioteca al hospital, que ascendía a la suma de 262 volúmenes en folio preferentemente de temas científicos.

²⁴ Pedro Grenón, SJ., *Biblioteca Funes, Tomo segundo, Los funes y el P. Juárez, segunda parte*, Córdoba, 1920, p.305.

El contenido de la famosa biblioteca *

Como en varias oportunidades se ha destacado, la biblioteca jesuítica concentra una cantidad importante de textos que reúnen una rica variedad temática dentro de un amplio arco del saber, desarrollado principalmente entre los siglos XVII y XVIII. Entre ellas, lógicamente prevalecen las materias teológicas-filosóficas e involucran libros de devoción, biografía de hombres y mujeres identificados con la iglesia, historia de la iglesia y todo tipo de disquisiciones del amplio debate desarrollado en aquel tiempo. Pero también se suma una importante cantidad de textos que versan sobre derecho, medicina, geografía, historia, arte, matemáticas y por cierto diccionarios de toda índole.

Entre otras características de la colección se puede señalar la existencia de algunos palimpsestos, es decir aquellas obras que conservan huellas de una escritura anterior borrada artificialmente. También es notable la inserción de graffitis en los libros, dejados por los estudiantes, donde representaron generalmente a los padres franciscanos, incluso inscribiendo sus nombres, que se hicieron cargo de la universidad con posterioridad a la expulsión²⁵.

Los libros poseen un sello identificatorio de forma oval donde enmarcando el anagrama de Cristo central se inscribe "*Bibliotheca Domus Cordobensis S.J.*". No todos portan este cuño, llevando otros directamente una inscripción manuscrita que identifica la pertenencia. Hay varios ejemplares *Ex Libris*, es decir que poseen un registro de un dueño anterior.

En un esbozo por desmenuzar temáticas, autores u otras cuestiones de la Biblioteca Jesuítica, salta a la vista la significativa cantidad de libros de autores jesuitas que versan sobre varias materias aunque predomina la temática filosófica-teológica, nos aparecen hasta temas de arquitectura como el del jesuita **François Derand**, con su obra *L'architecture des routes ou L'art des traits...* Se trata del tratado de bóvedas que escribió en 1643 y que aquí se encuentra la edición impresa en París en 1755. Este libro debe haber contribuido en gran medida a formar las bóvedas de los edificios jesuíticos que se aplicaron a la arquitectura de la ciudad, sólo a partir del uso que impulsieron los hijos de Loyola.

En la biblioteca se encuentran varias obras de jesuitas, comenzando lógicamente con su propio fundador Ignacio de Loyola SI, y su infaltable *Exercitia spiritualia* en sus ediciones de 1616, 1635 y 1680. Pero también aparecen figuras como las de Ignacio Diertins, Carlo Ambrogio Cattaneo, Nicolás Causino, Ludovico Alacázar,

* Nos referimos únicamente a los libros que se hallaban en la Biblioteca Mayor antes que se cumplimentara el decreto 1376/99 por el cual el presidente Carlos S. Menem ordenó la restitución a la Universidad Nacional de Córdoba de los libros pertenecientes a la antigua Librería Jesuítica.

²⁵ Guillermo Furlong S.J., *Arte...* María Cristina Vera de Flachs, "Graffitis y caricaturas en los textos de la Biblioteca Jesuítica de la Universidad de Córdoba", *Congreso Internacional 400 años de los jesuitas en Córdoba*, Tomo 2, Córdoba, 1999.

Cesare Calino, Fernando de Castro Palao y del confesor del Conde-Duque de Olivares, predicador y ministro de Felipe IV el español Francisco Aguado.

De esta manera resaltan entre ellos el jesuita francés Louis Bourdaloue (1632-1704), profesor de retórica en los colegios de Amienz, Orleás y Ruán, predicador en la corte de Luis XIV, y que la biblioteca posee *Exhortations et instructions chretiennes...* y varios tomos *Sermons du Pere Bourdaloue...*

Esteban Ávila (1549-1601), autor de *De Censuris ecclesiasticis* (edición de 1642), fue un español que murió en Perú muy reputado por sus virtudes y ciencia, siendo calificador ordinario e inquisidor del virreinato del Perú. Continuamos con obras del erudito filósofo y lingüista español Bernardo J. Alderete (1594-1657), del belga Felipe Alegambe (1592-1652), secretario del duque de Osuna, profesor de filosofía en el Colegio de Gratz y secretario general de la Compañía de Jesús. También de Francisco Alfonso, catedrático de Alcalá y filósofo español adepto a los tomistas disidentes; Felipe de Arnada (1642-1695), gran predicador y teólogo español autor *De Divini Verbi* de 1691 y otras como *De Deo sciente...* obra en la que examina la cuestión de la “ciencia media”.

Rodrigo de Arriaga (1592-1667), teólogo español catedrático de Salamanca, Valladolid y Praga, escribió entre otras obras, *Disputationes Theologicae*, en 8 tomos impresos en Amberes en 1643-55, que posee esta biblioteca. Richard Arsdekin (1620-1693) jesuita irlandés profesor de Sagrada Escritura en Amberes y Lovaina, escribió además de una vida de San Patricio su *Theologia Tripartita*, edición de Colonia de 1737 que posee la biblioteca y que constituyó un libro de controversias que el autor reeditó varios años después con el título de *Theologia Quatripartita*.

Del conocido “Apóstol de Portugal”, llamado así por su ardiente celo en la predicación: Sebastián Barradas (1542-1615), teólogo portugués, catedrático de Coimbra y Évora, se encuentran los 4 tomos de su obra publicada entre 1609 y 1613. También aparece Danielo Bartoli (1608-1685) jesuita italiano, rector del colegio romano, quien escribió una monumental historia de la Compañía de Jesús. La biblioteca posee la *Della vita e miracoli de B. Stanislao Kostka*, publicada en Roma en 1671 y *De vita et instituto S. Ignatii*, de 1665.

Se hace notar también, entre las seis obras que posee la biblioteca la presencia de San Roberto Bellarmino (1542-1621), teólogo jesuita que residió en los Países Bajos y al volver a Roma el Papa lo hizo Cardenal y profesor del colegio romano y Arzobispo de Capua. Fue muy combatido por el galicanismo francés, siendo canonizado en 1929 y proclamado “Doctor de la Iglesia”. La biblioteca posee varias y valiosas obras de este autor.

Entre otros discípulos de San Ignacio también podemos citar a Alvaro Cienfuegos (1657-1739), el prelado español obispo de Catania y arzobispo de Monreale, de quien la biblioteca cuenta con un volumen sobre la vida de San Francisco de Borja, otro *Aenigma theologicum* y finalmente la *Vita abscondita...* También Pierre François Xavier de Charlevoix (1682-1761), el famoso entre nosotros jesuita francés que escribió la varias veces editada Historia del Paraguay. La biblioteca posee además de la primera

edición de esta obra, aparecida en 6 tomos en 1757, la que hace referencia a la historia de la isla de Santo Domingo, impresa en 1733 en 4 tomos. Se cuenta además con textos de Gabriele Daniel (1649-1728), quien fue también historiador superior de los jesuitas en París, conocido por su trabajo sobre la historia de Francia. Otro jesuita francés de renombre fue Jean Croiset (1655-1738) conocido por su *Año cristiano* que aún se leía en el siglo XIX, la biblioteca posee su obra *Retraite spirituelle...* editado en París en 1733. Historiador fue a su vez Lorenzo Casani (1677-1750), de quien la biblioteca posee dos obras, una sobre varones ilustres de la Compañía en su segundo siglo que continuaba la tarea de Nieremberg y Andrada, y otro sobre la historia de la provincia del Nuevo Reyno de Granada.

Van de Steen (1566-1637), quien en los varios libros que posee la biblioteca figura como Cornelius Cornelii a Lapide, fue un jesuita belga que se convirtió en autoridad en la materia al dejar su *Commentarium in Sacram Scripturam*.

Hermann Busebaum (1600-1668), el teólogo alemán, famoso por su tratado de moral publicado en Münster en 1645, de quien la biblioteca posee una edición impresa en Madrid en 1750. Teólogo fue también el español Juan de Cárdenas (1613-1684), defensor del probabilismo. La biblioteca cuenta con su obra *Crisis teológica bipartita...* edición de 1670. Mientras que Juan de Caramuel (1606-1682) fue un polígrafo español que se doctoró en filosofía a los 15 años y a los 20 era profesor de teología en Salamanca, llegando a ocupar diversas funciones de suma importancia hasta alcanzar el obispado de Campagna y luego el de Vigevano. La biblioteca posee de su autoría la *Teología moralis...* y *Teología regularis*.

Entre estas célebres obras de jesuitas del pasado, sobresale la famosa *Acta Sanctorum* de Jean Bolland, el fundador de la sociedad religiosa y literaria llamada Bolandistas que prepararon la vida de los santos. También son destacables los varios ejemplares de las *Lettres edifiantes et curieuses*, en la edición francesa aparecida entre 1707 y 1741.

Son de importancia también varios textos de los padres generales de la Orden como entre otros los de San Francisco de Borja, Vicente Carafa y sobre todo Claudio Aquaviva con su *Directorium in exercitia Spiritualia* con ediciones de 1615, 1635, 1638 y 1696.

Como vemos muy sintéticamente, la biblioteca jesuítica cuenta con gran cantidad de autores de la Orden y, dentro de ellos, muchos que vivieron en la provincia del Paraguay dejando impresiones contemporáneas o históricas. Antonio Machoni (1671-1753) quien fue rector del Colegio Máximo y Provincial del Paraguay, fue uno de ellos. La biblioteca posee de su autoría *Arte y vocabulario de la lengua Lule y Tonocate*, publicada en Madrid en 1732. Machoni fue a su vez editor del libro de Pedro Lozano (1697-1752) *Descripción corográfica del gran Chaco*, lamentablemente desaparecida, atribuida erróneamente en los inventarios a Machoni. De Lozano sólo se encuentra la *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, publicada en 1754. También el padre Cristóbal Gómez (1610-1690), paralelamente a su vida misional encontró ocasión para escribir *Elogia Societatis Jesu*, voluminosa obra que contiene invalorable testimonios de personas que vivieron en el Río de la Plata y expresaron sus impresiones sobre la obra de los jesuitas.

Sin ser precisamente jesuita, se tenía el libro impreso en 1755 en Salamanca, de quien fuera obispo del Tucumán, el premostratense Abad Manuel Illana (1716-1780) sobre la *Historia del gran padre y patriarca San Norberto*.

Otras órdenes religiosas se encuentran con menor presencia pero con cierta importancia. Así es como en los estantes de la biblioteca jesuítica descansan los libros del franciscano teólogo inglés Alejandro de Hales o del Carmelita Descalzo Alonso de la Madre de Dios.

También se ubica el benedictino Agustín Calmet (1672-1757), el sabio francés, anotador y comentador de la Biblia, sobre la cual publicó un diccionario clásico que posee la biblioteca, editado en Venecia en 1757. El agustino Ambrosio Calepino (1440-1511), gran lexicógrafo italiano que publicó un diccionario en cuatro tomos. La biblioteca tiene la edición de 1634 en dos tomos. Finalmente el dominico Alfonso de Cabrera, nacido en la Córdoba española, considerado como el más notable orador sagrado del siglo XVI, sobre todo por su famoso sermón que pronunció en los funerales de Felipe II. Precisamente la edición de 1600 de ese sermón posee la biblioteca.

Es digna de destacar la obra de San Ambrosio *Opera Omnia* que, en dos tomos de 1616, contiene las obras completas del ilustre obispo de Milán y doctor de la iglesia, a quien se debe el uso de cantos de himnos en la iglesia y sobre todo la composición del *Tē Deum*. También de San Antonio, el ilustre obispo de Florencia, se cuenta con los 3 tomos de su célebre *Summa Theologica*, publicada en Lyon en 1542.

En otras temáticas, como el derecho, se destacan autores como Jerónimo de Altamirano, juriconsulto español, oidor de la cancillería de Valladolid y fiscal del Consejo Superior de Castilla con su célebre obra *In titulum 48 c. de Fiilis officialum Milit...* edición de 1648 que posee la biblioteca. Se suman a él José Manuel Domínguez Vicente (1706-1767), juriconsulto español nacido en Sevilla, fue consejero de Hacienda del Supremo de Castilla, contando la biblioteca con su obra *Discursos jurídicos*, publicado en Madrid en 1732. También es importante destacar otros juriconsultos españoles como Francisco de Amaya, catedrático de la Universidad de Osuna y Salamanca del que se posee su *Opera Jurídica*, de 1734 y Joannes Matienzo, oidor de las Audiencias de Charcas y Lima se cuenta con el *Comentaria in librum quintum recollectionis legem* de 1580. Pedro José Bravo de Lagunas y Castilla fue el autor de *Colección legal de cartas, dictámenes y otros papeles de derecho*, obra que dedicó al doctor Francisco de Herboso y Figueroa, un alto funcionario del Perú. Del tolosano Jacobo Cujas, el más grande juriconsulto del siglo XVI, la biblioteca cuenta con su *Opera Omnia*, en 10 tomos publicados en París en 1658. También hay obras de Alfonso de Olea, Arnoldus Vinnius y del jesuita español Pedro de Oñate (1567-1646), que fue el segundo provincial del Paraguay. Finalmente, del famoso juriconsulto español, considerado el creador del derecho indiano, Juan de Solórzano y Pereira (1575-1654), quien pasó a las Indias en calidad de oidor de la Audiencia del Perú, se encuentra *Emblemata centun regia política*, publicada en Madrid en 1655, es decir varios años después de su célebre *Política Indiana*.

Sobre medicina destaquemos las numerosas obras que posee la biblioteca de Daniel Bernoulli, un médico, físico y fisiólogo suizo que a los 24 años fue elegido presi-

dente de la Academia de Ginebra por sus brillantes trabajos, siendo a su vez profesor en San Petersburgo, Basilea y Groninga. Se destaca también otro médico anatomista, fisiólogo, botánico y poeta suizo llamado Albrecht von Haller (1708-1777), de quien tenemos su *Oposcula patológica*, publicado en Lausannae en 1755. Del botánico director del Jardín Público de Medicina de Bolonia Iacobus Zanonius, contamos con la obra *Rationum Stirpium Historia*, edición publicada en 1742 que cuenta con 185 grabados en cobre de plantas raras. Pero también se encuentran obras de Francisco Torti, Giovanni di Vigo, Sebastián Bado y Cristobal de Vega, entre otros.

De los libros sobre matemáticas podemos destacar a autores como Leonardo Euler, célebre matemático suizo, profesor de la Academia de San Petersburgo que quedó ciego a los 59 años sin dejar sus estudios que lo llevaron a consagrarse como el mejor matemático del siglo XVIII, escribiendo más de 800 títulos, de los cuales 16 tiene la biblioteca. Se suman autores como Frans van Schooten, Johan de Witt, el conocido René Descartes y Florinind de Beaune. También la biblioteca cuenta con el nombre del geómetra, hidrógrafo y astrónomo Pierre Bouguer (1698-1758), con su obra *La Figure de la terre*, edición impresa en París en 1755. Este prestigioso personaje francés viajó en 1736 al Perú para medir un arco de meridiano y fue el primero en afirmar la desviación que, la atracción de las montañas, hace experimentar el péndulo.

También sobre geografía y entre otros es interesante la obra de Manuel de Faría y Sousa (1590-1649), el historiador y poeta portugués, quien vivió largo tiempo en Madrid y a su regreso fue nombrado secretario del marqués de Castel Rodrigo. Pero volvió a Madrid y permaneció hasta su muerte. De su extensa bibliografía los jesuitas de Córdoba tenían su *Europa Portuguesa*, una segunda edición ampliada e ilustrada, publicada en Lisboa en 1678.

La biblioteca cuenta con varias e importantes obras del obispo Augusto Barbosa (1590-1649), como del filósofo neoplatónico cristiano David. Pero a presencia del obispo de Hipona San Agustín (354-430), se expresa en una de sus más leídas obras *La ciudad de Dios*, edición de Madrid de 1614, es una singular obra apologética que a su vez fundamenta la filosofía cristiana de la historia. Fue escrita después del saqueo a Roma por Alarico, para rebatir las acusaciones de los paganos que culpaban al cristianismo de la decadencia romana. Clásico también es el filósofo griego Aristóteles, de quien se cuenta con la *Opera*, edición de Lugrudni impresa en 1563.

Del historiógrafo de Castilla Antonio Herrera y Tordecillas se posee una de las mejores obras, la *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra firme del mar océano*, publicada en Madrid en 1730, que consta de 4 volúmenes con interesantes grabados en cobre. Del clásico historiador criollo Garcilazo de la Vega, Inca (1540-1616), se tienen tres títulos: *La florida del Inca* (Madrid, 1723) *Historie des guerres civiles des espanols dans les Indes* (Amsterdan, 1706) e *Historia General del Perú* (Madrid, 1722).

Con el *Tractatus de legibus* y su *Commentaria ac disputationes in priman partem D. Thomae de Deo* aparece la fragorosa presencia del teólogo jesuita español Francisco Suárez (1548-1617), fiel seguidor de Santo Tomás, pero con quien discrepó de los

tomistas en varios asuntos, sobre todo en la doctrina de la gracia divina. A él se suma Juan Le Chartier de Gerson (1363-1429) con su *Opera Omnia* de 1706.

Del bibliógrafo español Antonio Nicolás (1617-1684), considerado padre de la bibliografía española, se encuentra la *Biblioteca Hispánica Vetus*, primera edición romana de 1696 con el que cuenta la biblioteca, siendo una obra póstuma, reimpressa en Madrid entre 1783 y 1788.

Entre varias obras de Cicerón se encuentra la obra titulada *Annales Ecclesiastici* del cardenal Cesare Baronio (1538-1607), un distinguido historiador italiano que fue entre otros cargos, director de la biblioteca e imprenta del Vaticano por el año 1597. Fue propuesto dos veces para el pontificado, siendo apellidado el “Padre de los Anales Eclesiásticos”, justamente por esta obra la biblioteca posee la edición de 1601 en 10 tomos.

La biblioteca tiene dos libros de autoría femenina, los de Santa Angela de Foligno, Terciaria Franciscana (1248-1309) y las famosas cartas de Santa Caterina da Siena, dominica (1347-1380), cuya obra ocupa un lugar de honor en las letras italianas.

De los variados textos de la biblioteca podemos mencionar también los sendos *Diccionarios de la Real Academia Academia Española*, edición de 6 tomos publicados entre 1732 y 1739. También se encuentran los diccionarios jurídicos de Gil de Castejón (1678) y de Béat Philippe Vicat (1759), como la enciclopedia canónica de Martín de Torrecilla, publicada en Madrid en 1721. Por cierto se encuentran varias *Biblias* y los *Bularios* de 1673 en 5 tomos y el de 1754 de 7 tomos, como los *Catechismus tridentinus*.

No es nuestra intención profundizar en el contenido de la biblioteca, que merece por cierto un estudio más profundo²⁶, pero no podíamos dejar de tentarnos en presentar un vistazo muy superficial que esperamos brinde aunque sea una vaga idea del monumental patrimonio cultural que constituye este maravilloso corpus bibliográfico. Volvamos a los hechos que produjeron la dispersión de esta biblioteca.

La expulsión y el inicio del expolio

La expulsión ordenada en 1767 por el rey Carlos III, tuvo como su principal artífice en Córdoba al sargento mayor Fernando Fabro, quien se presentó en la Universidad a cumplir las órdenes emanadas por el gobernador de Buenos Aires. Pero seguramente extralimitándose en los mandatos, embistió contra la biblioteca y fue enjuiciado, para sumar una lista de denuncias que se iniciaron con aquella que efectuó en 1769, ante la Real Audiencia de la Plata, don Antonio de la Bárcena referida a la

²⁶ Existen interesantes estudios parciales sobre la biblioteca de los que destacamos Esteban F. Llamosas, “La presencia del Derecho Común en la biblioteca antigua de la Compañía de Jesús de Córdoba del Tucumán” y Jaqueline R. Vasallo, “La presencia de obras de edificación cristiana destinada a las mujeres en la biblioteca de la Compañía de Jesús de Córdoba del Tucumán”, ambas en *Congreso Internacional 400 años de los jesuitas en Córdoba*, 1999.

sustracción de 10 carretas de mercadería de la estancia de La Candelaria. De esta manera y dos años después se le endilgaba entre otros cargos, el de disponer arbitrariamente de aquellos libros.

Mientras tanto en marzo de 1769 fue cuando se suscribió la Real Cédula creando las Juntas Provinciales y Municipales de Temporalidades para que entiendan sobre la venta de los bienes jesuíticos. Pero en el mes de octubre se inscriben dos Cédulas Reales. Una para que se recojan inmediatamente todos los ejemplares impresos o manuscritos de los jesuitas, especialmente de las misiones, y otra sobre las obras pertenecientes a la biblioteca de Córdoba²⁷.

En aquel malogrado año de la expulsión, fue cuando el 4 de agosto se comenzó con el inventario de los libros. La tarea estuvo a cargo del escribano Pedro Antonio de Sosa, quien anotó cada uno de los autores, número de tomos y tamaño del libro, sin mencionar los títulos, salvo en contadas ocasiones. “Fueron catalogados 908 obras, divididas en 2.165 volúmenes, esto debido a que muchas de ellas se presentaban en varios tomos”. En tanto que en la librería del Noviciado sumaron otras 309 obras distribuidas en 1.040 volúmenes y otros 1.129 tomos de obras incompletas y algunos legajos, para concluir con los libros de las estancias que se sumaron con posterioridad²⁸.

En un recuento general de la tasación de los bienes jesuíticos de Córdoba que se elevaba a la cifra de 1.008.858 pesos y 2 reales se contabiliza como último ítem el de la Librería que suma 20.000 pesos²⁹.

También mientras se inventariaban los bienes, para el mes de noviembre el virrey Vértiz, desde Buenos Aires, insistía a la Junta que se debían recojer los libros de doctrina relajada y confeccionar “*un índice de los autores, los tratados, el año y el lugar de impresión, procurando también solicitar con el mayor cuidado las Gramáticas y Diccionarios de lenguas de Indios dirigiéndolos á esta ciudad*”³⁰.

No fue secundario que el expolio tenía un claro sentido ideológico, pues a las ideas regalistas de la corona le molestaban aquéllos libros que los jesuitas tenían y que se referían por ejemplo al origen del poder, que eran precisamente aquellos que se los tildó de “doctrinas relajadas o laxas”. De allí que Vértiz le escribiera al obispo Illana, comentándole sobre la necesidad de desterrar esta enseñanza que llevaba consigo “*la perversión de las costumbres*”. Fue cuando entre estas medidas se sumó la orden de separar los libros de San Agustín y Santo Tomás, hacer un plantel de nuevos profesores “*clérigos seculares de probada doctrina*” y remitir a Buenos Aires los diccionarios de lenguas de indios, que tanto preocupaban e insistentemente solicitaban.

²⁷ Rodolfo de Ferrari Rueda, p. 85 y Biblioteca Nacional, *Catálogo cronológico de Reales Cédulas, órdenes, decretos, provisiones, etc., referentes a América, 1508-1810*, Imprenta Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1938, p. 161.

²⁸ Esteban Llamosas, “Las obras de la Biblioteca Jesuítica de Córdoba en poder de Fernando Fabro”, *Cuadernos de Historia*, Academia Nacional de Derecho, N° 9, Córdoba, 2000.

²⁹ IEA, doc. N° 9018.

³⁰ Ex Fondo Documental del Instituto de Estudios Americanistas (IEA), doc. N° 2616.

Fabro habría prometido a mediados de aquel año entregar los libros al diputado don Fernando de Arce o a quien la Junta Municipal destinara³¹. Luego de la designación, el propio diputado escribe el 28 de junio de 1771, que era realmente difícil la tarea de confeccionar un índice como se le había encomendado debido a que los libros se encontraban revueltos y amontonados, confesando su incompetencia para realizar un minucioso inventario.

Cuando Fabro debió enfrentar el tribunal que lo acusaba, manifestó que a su llegada encontró 435 libros en cuarta de varios autores y obras incompletas, 482 libros de a folio, 512 libros de a cuarta y octava de diferentes ciencias, devociones y otros asuntos. En otra parte ratifica “me hice cargo de cinco mil trescientos sesenta y ocho tomos en folio” y que vendió 184. Pero también afirma que en no pocas oportunidades otros vecinos se habían robado libros³². Lo cierto es que se procede a embargar sus bienes, entre los cuales aparecieron una cantidad de libros con anotaciones que denunciaban haber pertenecido a la biblioteca jesuítica. Concretamente se trata de 58 obras distribuidas en 141 volúmenes de las cuales se identificaron 21 títulos pertenecientes al patrimonio jesuítico, con sello que los identificaba, ubicados todos juntos en un cajón. Estaban divididas en 64 volúmenes, de los cuales 11 habían sido de la biblioteca menor o del Noviciado, 5 del Colegio, 3 del aposento del padre procurador de provincia, 1 de una estancia y 1 del Colegio de Buenos Aires. Tratan en general sobre temas militares e históricos aunque aparecen también algunos títulos que aluden a medicina, religión, jurídicos, etc. Cuando el escribano advierte la presencia de estos libros, Fabro aclara que los había comprado “*como otros muchos individuos, y que no se entienda que las ha substraído*”³³.

Anteriormente y al rendir cuentas de su labor entre los años 1769 y 1771, Fabro manifiesta que en ese periodo se vendieron 781 tomos a 1.552 pesos y 3 reales. Dato que coincide con lo manifestado por Miguel Learte quien sostenía que Fabro “*a tenido libros para vender y surtir de ellos a toda la ciudad de Córdoba*”³⁴.

Igualmente el inventario se comenzó a realizar en los inicios de 1772, pero debió suspenderse al no encontrarse persona competente. Recién en el mes de octubre de 1773 una comisión compuesta por el autodidacta Dalmacio Vélez, padre del famoso codificador argentino, y el clérigo y licenciado don José Manuel Martínez dieron inicio a la tarea que les demandó dos meses de ardua e ininterrumpida labor.

El índice se dividió en tres partes y de acuerdo al tamaño de los libros: en folio, en cuarto y los de octavo, como se venía haciendo en los restantes lugares inventariados que había libros de los jesuitas³⁵. En este inventario no se contabilizaron los libros de la Procuraduría de Provincia, los del Noviciado y las estancias.

El objeto de la confección de este índice era que los libros fueran destinados a la Universidad, de acuerdo a lo solicitado a Vértiz en varias oportunidades por el rector

³¹ IEA, doc. N° 2587 y 2709.

³² Pablo Cabrera, p. 177.

³³ Esteban Llamosas, “Las obras de la Biblioteca...” cit.

³⁴ Archivo General de la Nación (AGN) S. IX, 21-10-1.

³⁵ AGN, Temporalidades de Córdoba, Legajo 1 (1767), Sala IX, 21-9-2.

Pedro Nolasco Barrientos. Hasta el momento la catalogación quedaba concluida, pero el traspaso efectivo se demoraría por algunos años.

Por el mes de octubre de 1776, la Junta de Temporalidades afirmaba encontrar resuelto desde hacía tiempo el traslado, pero aclarándose que algunos libros se deberían llevar al Real Seminario, como efectivamente aconteció³⁶. Por tal motivo, la Junta designó otra comisión integrada por el presbítero Dr. José Javier Sarmiento, cura rector de la catedral, Juan Rodríguez y Antonio de la Quintana para organizar el acto de traspaso.

Monseñor Pablo Cabrera distingue claramente la existencia de, por un lado la Biblioteca Mayor del Colegio Máximo y por el otro la Menor del Noviciado “entidades bibliográficas distintas, pero complementarias de hecho”³⁷ y que hasta entonces se encontraban separadas. Efectivamente, interesa también el destino de los libros del Noviciado, que quedaron depositados en una habitación del edificio (hoy residencia), hasta que al entregarse el inmueble en 1770 al obispo San Alberto, para que lo utilizara como sede episcopal, también se determinó transferir aquellos libros a la Universidad, notificándose lo resuelto al rector.

Así fue como se juntaron ambas librerías, formándose un solo cuerpo bibliográfico que incluso se vio enriquecido por aportes realizados por los padres franciscanos que administraban la Universidad. De esta manera informaba fray Pantaleón García que ellos habían incorporado obras de célebres teólogos como Frasen, Tournelli, Ammaro, Cano, Simonet, Gotti, Cóncina y otros; juristas como Azevedo, Lauren, Avendaño, Soler, Solórzano, etc. También la historia de Natal Alexandro, la física experimental de Purchot, Cigaut de la Fond, y otros.

Una vez producida la unificación, recién el 12 de octubre de 1777, se acordó entregar los libros al rector fray Pedro Nolasco Barrientos, que —como vimos— insistentemente y desde 1772 venía reclamando a Vértiz³⁸. Luego se encarga la confección de un índice y se decide reemplazar a Pascual Ortiz por Ramón Benavidez para cuidar el Colegio Máximo y las librerías, asignándole un sueldo de 8 pesos mensuales³⁹.

Destino final: Buenos Aires, “*Et super vestem... miserunt sortem*”

La dispersión de los bienes jesuíticos continuó y en este sentido hubo grandes repartijas entre los mismos cordobeses, pero el expolio, comenzaba a tener un tinte sistemático. Elocuente es la referencia que hace Pablo Cabrera, cuando compara el

³⁶ Ver el inventario de la Biblioteca en Carlos Segundo Audisio, *La biblioteca del Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto*, Biblioteca Mayor, Córdoba, 1975.

³⁷ Pablo Cabrera, “La antigua Biblioteca Jesuítica de Córdoba”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, julio-Agosto de 1930, pp. 175 a 216.

³⁸ AGN, Temporalidades de Córdoba, Correspondencia (1770-1776) S. IX, 22-10-5.

³⁹ AGN, Temporalidades de Córdoba, Acuerdos, Legajo 7 (1777) S. IX, 21-10-2.

destino de la túnica del Salvador, inscripta en el Evangelio de San Mateo: “*Et super vestem... miserunt sortem*” (Y echaron suertes para ver quien se adueñaba de ella).

Ahora vendría un nuevo zarpazo al patrimonio cordobés, pergeñado desde Buenos Aires, que se sumaba al despojo de su imprenta*, o las obras de arte jesuítico llevadas a España por la Real Orden de la expulsión. Le tocaba el turno a su patrimonio bibliográfico, tanto privado, como el de la propia Universidad, pues los vecinos de la ciudad de Buenos Aires reclamaban una biblioteca, y la solución estaba en Córdoba.

Es así que la ciudad portuaria había dado lumbre a una biblioteca pública, en principio gracias a su obispo don Manuel de Azamor y Ramírez, quien había cedido sus libros para tal fin. Pero nos encontrábamos en vísperas de las invasiones inglesas, por lo que la efectivización de la noble donación se postergó por un tiempo, hasta que la Primera Junta de Gobierno concretó la acción en la segunda mitad del año 1810. Es muy posible que esta iniciativa le correspondiera a Mariano Moreno, incluso la de nutrir la misma, con los libros de los jesuitas, asesorado por el Deán Funes.

Fue entonces cuando la Junta decidió sumar a aquella biblioteca los libros pertenecientes a los contrarrevolucionarios de Córdoba, ejecutados en Cabeza de Tigre. El propio Moreno ordenó el 22 de agosto al gobernador de Córdoba que dispusiera de toda la librería del Obispo Orellana y todos los libros que tuvieran los reos⁴⁰. La orden fue acatada por Pueyrredón e involucraba al virrey Liniers, instalado en Córdoba, quien tenía una excelente colección preferentemente de temas militares que sumaban 413 volúmenes. El gobernador Gutiérrez de la Concha ostentaba también una enorme colección de obras de matemáticas, náutica y astronomía. Mientras el doctor Victorino Rodríguez sumaba una gran cantidad de obras jurídicas y no era menor la colección del coronel Santiago de Allende. Pues aquí se perfiló un doble expolio bibliográfico con la adquisición de los libros de la Universidad de Córdoba.

Pero la idea de llevar los libros de los jesuitas a Buenos Aires ya se había esbozado con anterioridad a los sucesos de Mayo, cuando en 1807, se le encomendó al “ingeniero voluntario” Juan Manuel López trasladar los libros de la Universidad al convento de Santo Domingo de la ciudad de Córdoba. En la oportunidad manifestaba que la suma trasladada se elevaba a 3.524 volúmenes de a folio y en cuarto de varias encuadernaciones y tamaños, además de 1.561 volúmenes en octavo mayor y menor. También se llevaron al convento una mesa y los estantes⁴¹.

* Después de la expulsión la imprenta quedó arrinconada en un cuarto del Colegio hasta el año 1780 en el que el virrey Vértiz la instaló en la “Manzana de las Luces” de Buenos Aires para constituir la histórica Imprenta de los Niños Expósitos. Recién una segunda imprenta se instaló en Córdoba en el año 1820 cuando la trajo de Buenos Aires el gobernador Juan Bautista Bustos y la ubicó en la Universidad (Carlos A. Page, p. 66).

⁴⁰ Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Buenos Aires, 1938, p. 41.

⁴¹ Pablo Cabrera, p. 185.

Aquéllos libros ubicados “a buen recaudo” aguardaron un anunciado traslado que se efectuó en cuatro remesas, llevadas a cabo entre el 7 de noviembre de 1810 y el 31 de marzo de 1812⁴². Previamente fueron inventariados en detalle, según la orden del juez de Temporalidades don Francisco Enrique Peña, por el licenciado José Manuel Vélez, a quien volveremos a ver involucrado con los libros varios años después*. Como retribución a su trabajo el licenciado Vélez recibió la no poca cantidad de 110 títulos, algunos en varios tomos, donde se destaca un gran número de biografías, desde los jesuitas consagrados como San Ignacio hasta la de varios otros de la provincia paraguaya. Libros que se habían tasado en 78 pesos y cinco reales el 30 de marzo de 1812. Algunos meses después de abonados sus honorarios, Vélez solicitó se le vendieran algunos otros libros, pero la Junta de Mayo se negó.

Cabe señalar que antes que se comenzara el inventario y el posterior traslado, la Junta había decidido la liquidación de la colección que debía realizarse en forma privada o en remate. Tanto el padre Pedro Guitián como el padre Pantaleón García, ambos rectores franciscanos, no pudieron evitar que se hiciera, pero los libros se pusieron a remate en tres oportunidades y nadie se presentó. Por tal motivo la Junta ordenó el 2 de octubre de 1810 la rápida “venta al menudeo” pues debían cubrir ciertos gastos urgentes de la Revolución, como lo rubricaron Cornelio Saavedra y Juan José Paso⁴³. Aunque una sucesión de ventas había comenzado mucho antes, como la que en 1805 gestionó fray José Joaquín Pacheco con destino a los conventos de Tucumán.

Todos los libros inventariados fueron transcritos íntegramente por Pablo Cabrera en una investigación de 1930, donde hace constar el contenido de cada uno de los diez cajones preparados para el viaje a Buenos Aires y que sumaban 659 títulos (1.129 volúmenes)**. La primera remesa, fue conducida por don Juan Thomas Martínez el 7 de Noviembre de 1810, siendo el envío más importante en número, con libros especialmente seleccionados.

La segunda remesa del 3 de diciembre, que constaba de un solo cajón, la llevó la tropa que conducía don José Paz. La tercera remesa, también de un cajón, se efectuó

⁴² En IEA, doc. N° 2760, fechado el 27 de marzo de 1773, se especifica inventario de la librería.

* Monseñor Pablo Cabrera se refiere a él señalando que fue hijo de Da. Agustina Calvo de Arana y de Juan José, aquel gaditano que fundara en Córdoba la Hermandad de Caridad del Pilar. Se casó con Da. Agustina Ariza y Garay con quien tuvo dos varones y una mujer. Fue una persona literariamente preparada, tenaz, talentosa y de amplias virtudes cívicas. Se desempeñó como redactor del periódico *El desengañador*, de muy corta existencia que apareció a principios de 1825 y alcanzó una banca en la Cámara de Representantes (Pablo Cabrera, *La segunda imprenta de la Universidad de Córdoba...*, Universidad Nacional de Córdoba, 1930, p. 43.)

⁴³ AGN, Temporalidades de Córdoba, Legajo 3 (1770-1771) S. IX, 21-9-4.

** En el inventario se mencionan los diez cajones y un “retobo” repletos de libros. Se inventariaron los cajones pero no el retobo, es decir un determinado número de libros que fueron envueltos en cuero o posiblemente en tela de arpillerá y que no se consignaron.

en el mes de abril de 1811, siendo conducida por la tropa de don Hipólito Rodríguez. Finalmente el 31 de marzo de 1812 nuevamente la tropa de Paz llevó el décimo cajón.

Entre los libros que perdía Córdoba se encontraban excepcionales autores extranjeros, pero también se hallaban aquellos que hacían referencia a nuestro suelo como Charlevoix, Ruiz de Montoya, el propio general Tirso González, Xarque y muchos otros.

Aparentemente no satisfechos de este despojo se dispuso que las administraciones de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago, La Rioja, etc., remitieran libros de las Temporalidades. Pero el cumplimiento de la medida se suspendió hasta tanto se informara previamente acerca de los libros que tenían y el estado de cada obra “a fin de ver si hay algo útil”⁴⁴.

En 1811 Narciso Lozano, ministro de la Real Hacienda, adepto al deán Funes y como sabemos antes amigo personal del desafortunado Liniers, ordenó tasar los estantes de la librería que estuvo ubicada en el convento de Santo Domingo. Al año siguiente los dominicos reclamaron en un voluminoso expediente que se les pagara el alquiler que les correspondía por el depósito de los libros⁴⁵.

Por aquélla época se refiere a lo acontecido el deán Gregorio Funes cuando, mencionando la lamentable privación, escribía en 1817: “Entre otras pérdidas no es la de menos importancia la de la famosa biblioteca que poseía el Colegio grande. Su destroso empezó bien presto á indicar la falta de dueño. Pero al fin este daño admitía reparacion por la mano del tiempo.” Pero además de los libros se perdieron valiosísimos manuscritos jamás encontrados, entre ellos, el segundo volumen de la historia escrita por el padre Guevara, y así lo manifestaba Funes “El que la excluye sin humano recurso es la pérdida de muchos monumentos históricos acopiados por la diligencia de este cuerpo científico. La estancia ó granja de santa Catalina era el deposito de estos preciosos manuscritos y el asiento del ultimo historiador Guevara. Al secuestro de esta casa fué destinado por Bucarelli el Doctor don Antonio Aldao...” quien “remitio á Buenos Ayres este gran cumulo de papeles...”⁴⁶.

Para Córdoba una biblioteca recreada con los saldos

En el convento dominico habían quedado algunos maltrechos ejemplares pertenecientes a la librería del Noviciado que no se pudieron vender. Pero para la Universidad, que había quedado sin biblioteca eran muy importantes. De tal manera se encomendó a don José Bruno de la Cerda⁴⁷ que gestionara en Buenos Aires la cesión de

⁴⁴ Ricardo Levene, p. 42.

⁴⁵ AGN, Temporalidades de Córdoba, correspondencia, 1811 y 1812, S. IX, 45-4-10.

⁴⁶ Gregorio Funes, *Ensayo de la historia Civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucuman, escrita por el doctor don Gregorio Funes, deán de la Santa Iglesia Catedral de Cordova*, Tomo Tercero, Buenos Ayres, Imprenta de Benavente y Compañía, 1817, pp. 155-156.

⁴⁷ No hemos podido localizar un trabajo posiblemente inédito de Roberto Van Steenberghe de Dourmont que titula *Don José Bruno de la Cerda y Luque (1774-1842), Colector de las Rentas de la*

aquéllos ejemplares. El trámite tuvo éxito y el 23 de octubre de 1812 el gobierno concedió a la Universidad lo solicitado⁴⁸. De esta manera el rector destinó una habitación para ubicar los libros, nombrándose para su recibo y conducción al Lic. José Manuel Vélez, al Dr. José María Bedoya y al secretario.

De esta manera un nuevo acervo bibliográfico -por cierto inferior al original- se reinstala en la biblioteca, de acuerdo al decreto del 26 de setiembre de 1818, firmado por el gobernador-intendente de Córdoba doctor Manuel Antonio Castro, quien nombró como director de la misma al presbítero José Gabriel Castro. El primer mandatario, quien a su vez fue visitador y protector de la Universidad se destacó como “un notable jurisconsulto y estadista oriundo de Salta, cuyo retrato al óleo pintado por Camilloni preside la dirección”⁴⁹ de la Biblioteca Mayor de la Universidad.

Pocos meses después de aquella memorable fundación, el gobernador intendente envió un oficio al Cabildo, solicitándole que auxiliara a la biblioteca, promoviendo donaciones de libros o dinero y solventando a un ayudante. De esta manera el 3 de noviembre la corporación acordó que para la manutención de la biblioteca recientemente creada se destinara, de la tercera parte de las herencias transversales para la dotación de las escuelas primarias, la suma de 100 pesos para pagar el sueldo del oficial ayudante. A los pocos días llega la nota de agradecimiento del vice-rector de la Universidad don Joaquín Pérez, quien informa que en el cargo de “segundo bibliotecario” nombró a don José Manuel Vélez⁵⁰, que a esta altura de los tiempos era probablemente quien más conocía la biblioteca.

Poco después de aquéllos años, en 1826, visitó la biblioteca el inglés Edmundo Temple, dejando sus impresiones de viaje: “En el Colegio de los jesuitas escudriñé un cuarto conteniendo lo que los actuales poseedores llaman libros antiguos; de arriba a abajo, ni un libro, en cerca de dos mil volúmenes, dejé de examinar, pero encontré que la mayor parte versaban sobre asuntos místicos de la fe católica romana, la historia de santos y la vida de Ignacio de Loyola”⁵¹.

Muchos años debieron pasar para que aquella Universidad, comparada en no pocas oportunidades con las mejores del mundo, recuperara su justo prestigio. El expolio de su biblioteca no fue sólo un episodio aislado, sino que se enmarcaba dentro del dramático contexto de la expulsión de los jesuitas, una de las páginas más lamentables de nuestra historia.

Universidad Mayor de San Carlos, Gestor de la Restauración de su Biblioteca Mayor, Provisor, Vicario General y Gobernador del Obispado de la Diócesis de Córdoba del Tucumán, inédito por el año 1973 cuyo título ya nos sugiere varios datos biográficos de este personaje.

⁴⁸ AGN, Temporalidades de Córdoba. Correspondencia (1770-1776) S. IX, 21-10-5 y Intendencia de Córdoba, Legajo 2, (1774-1779) S. IX, 5-9-4.

⁴⁹ Carlos A. Luque Colombres, *Universidad Nacional de Córdoba, breve reseña histórica*, Córdoba, 1978, p. 15.

⁵⁰ Archivo Histórico Municipal, Actas Capitulares, Libro Cuadragésimo Noveno (1817-1820), Córdoba, 1968, pp. 149, 156, 160.

⁵¹ Carlos Segretti, *Córdoba, ciudad y provincia (siglos XVI-XX) según relato de viajeros y otros testimonios*, Junta Provincial de Historia de Córdoba, 1973, p. 335.

Lo cierto es, que la biblioteca de los jesuitas fue revalorada durante la década de 1940 cuando dirigía la institución que la ampara Juan B. Echenique. Durante su gestión se encargó a Juan Carlos Ferrer y Enrique Ferrer Vieyra que elaboraron un catálogo general. El mismo fue en parte publicado alfabéticamente (A-F), pero pronto se abandonó la idea de continuarlo. Pasarán poco más de dos décadas para que el nuevo director de la Biblioteca Mayor Isidoro Martínez expresara, a propósito de la dispersión de la Librería Jesuítica, que “Mas, no obstante, deberá abordarse la empresa de rehacerla, apelando a la comprensión y generosidad de las instituciones o personas que aún retienen en su poder piezas que la compusieron, lo que permitiría reconstruir el acervo lo mas aproximadamente posible a la dimensión ordinaria, emprender su reordenamiento y recatalogación y reunirlo en recinto especial acorde con su encumbrada jerarquía de primera biblioteca universitaria del país”⁵². A tal efecto encargó a Roberto Van Steenberghe de Dourmont, como jefe de la División Reserva de la Biblioteca, que estudiara el asunto. Lo hace y con suma prolijidad, contabilizando por entonces la existencia de 1.913 volúmenes y escribiendo incluso varios ensayos sobre la biblioteca jesuítica, cuya mayoría permanecieron inéditos y con el tiempo se extraviaron. Detecta la existencia de “una cincuentena de obras” en la biblioteca del Colegio Jesuítico del Salvador en Buenos Aires y otros tantos en los anaqueles de la biblioteca de la residencia jesuítica de Córdoba (recientemente fueron llevados a la mencionada biblioteca de Buenos Aires), pero también la falta de 14 tomos inventariados en la época de Echenique.

En definitiva Steenberghe adhiere a que no era necesaria la continuación de la publicación del catálogo, por considerar que la colección no tenía obras importantes. Sin embargo una renovada valoración de este importante cuerpo bibliográfico se evidenció durante la gestión de la Lic. Rosa Bestani, directora de la Biblioteca Mayor. La labor de brindarle a este material el sitio de importancia que merece se vio plasmado en la confección de un CD sobre el catálogo de la misma, presentado durante el Congreso Internacional sobre los 400 años de la instalación de los Jesuitas en Córdoba. Para ello se contó con el inestimable apoyo del rector Dr. Hugo Juri, quien sumó al trabajo las insistentes gestiones para concretar el traslado de los ejemplares depositados en la Biblioteca Nacional y en el resto de repositorios donde quedaron dispersas tan importantes obras literarias.

⁵² Roberto Van Steenberghe de Dourmont, *La librería jesuítica, estado actual*, Universidad Nacional de Córdoba, Biblioteca Mayor, Córdoba, 1965, p. 1.